

## ENTREVISTA A ENNIO VIVALDI VÉJAR

*Sofía Brinck Vergara*

## ENNIO VIVALDI Y LA PERSISTENCIA DE LO PÚBLICO

*El exrector de la Universidad de Chile lleva ocho años siendo protagonista del debate político y denunciando las consecuencias que ha tenido en Chile la implementación de un modelo neoliberal «extremo», como él lo llama. De hablar reflexivo pero enérgico, el también expresidente del Consorcio de Universidades Estatales (CUECH) defiende la necesidad de construir una sociedad donde prime la solidaridad, y en la que la educación sea realmente pública y esté al servicio del país.*

El tiempo es escaso en la agenda de Ennio Vivaldi Véjar (1950), médico cirujano, profesor titular de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y referente mundial en la fisiología del sueño. Han pasado cuatro meses desde que dejó el mando de la casa de estudios, pero su ritmo de trabajo parece igual de frenético que cuando ocupaba las oficinas de Andrés Bello. El tiempo apremia: nombrado embajador de Chile en Italia por el presidente Gabriel Boric en septiembre de 2022, Vivaldi debe viajar al país europeo para asumir sus nuevas funciones cuanto antes, y los trámites previos lo tienen visitando varios de los ministerios que rodean La Moneda. En esta conversación entre reuniones, el exrector repasa su mandato, el momento político actual y el tema que ha sido su pasión durante los últimos ocho años: la reivindicación de la educación pública en Chile.

**—Acaba de terminar dos periodos de rectorado. ¿Cómo ve a la Universidad de Chile después de este tiempo? ¿Cómo cree que ha cambiado desde que asumió en 2014?**

—Lo que nos tocó en esos ocho años fue una crisis casi confesa de un modelo que, siempre insisto, es una versión extrema. Creo que se comete un error cuando se habla de neoliberalismo para describir lo que pasa en Chile. Ese término describe un modelo implementado en otros países bajo el liderazgo de primeros mandatarios democráticamente electos como es el caso de Reagan, Thatcher o Sarkozy. El modelo chileno, que hubiera sido imposible de imponer sin una dictadura violenta, fue mucho más extremo, especialmente en temas críticos para nuestra institución. Es un tremendo mérito de la Universidad ser capaz de cumplir una meta dual, casi imposible en circunstancias tan adversas: seguir siendo la principal universidad de Chile, la mejor evaluada en los rankings; y mantenerse leal a su condición de institución pública. Es un mérito enorme que debemos a toda nuestra comunidad y a los sucesivos liderazgos

de las rectorías de las últimas décadas. Ahora bien, el 2014 hubo una promesa gubernamental y electoral de hacer transformaciones importantes, sobre todo en el ámbito público. Quiero enfatizar que esta propuesta no es producto de un subjetivismo, de que a la presidenta [Michelle Bachelet] que habría de triunfar y a sus electores les gustara más o menos una forma de entender la sociedad, sino del hecho objetivo del fracaso de este sistema de neoliberalismo extremo. Había un profundo descontento con los sistemas de créditos, estaba la percepción de que la gente había hecho esfuerzos enormes por financiar una educación universitaria que la mayor parte de las veces no había dado ningún rédito, ni siquiera en términos pragmáticos pecuniarios, y, por lo tanto, había una auténtica crisis de esa forma de entender las universidades impuesta por los Chicago Boys. Ante eso, las universidades públicas respondimos con mucha altura, algo que conmovió a nuestra casa de estudios completa, a los tres estamentos y todos sus organismos. Por eso, desde el 2014 trabajamos por cambiar las reglas del juego del sistema universitario. Yo pienso que es un tema de momentos históricos. A nosotros nos tocó vivir uno en que se planteaba la posibilidad de repensar qué era una universidad, cómo debía funcionar y, sobre todo, denunciar la tergiversación que se había hecho del concepto de universidad por parte del neoliberalismo extremo.

**—Hablando de momentos históricos, quiero llevarlo a otro episodio en su experiencia en la universidad: la fundación del Senado Universitario, del cual usted fue su primer vicepresidente en 2006. Mirando hacia atrás, ¿cuál cree que ha sido la importancia de esta organización? ¿Cuáles son los principales desafíos de la universidad para seguir profundizando la democracia institucional?**

—Yo creo que no se ha enfatizado lo suficiente la importancia que tuvo la creación del Senado. Gracias a un movimiento estudiantil, con líderes excepcionales como Rodrigo Roco y tantos otros de esa generación, se logró un cambio: un decreto con fuerza de ley para la Universidad, que incluía un órgano triestamental. Creo que es la única instancia durante ese tiempo en que se contradijo directamente el legado de Pinochet. Pinochet había dicho «no habrá cogobierno» y nosotros, cuando elegimos el Senado Universitario, dijimos «sí va a haber participación triestamental de la comunidad». Dada la realidad de la transición en Chile, fue un hecho notable.

La idea del Senado tiene dos raíces históricas. Una, la Reforma Universitaria de principios de los setenta y su Consejo Normativo Superior, que fue un órgano semejante al Senado y que se constituye en un paradigma de lo que ha de ser un organismo triestamental. La otra, es el trabajo que condujéramos desde la

Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello y otras instancias de reflexión durante la dictadura, donde Luis Izquierdo fue una figura muy importante. Se generó, desde luego, una campaña mediática contraria a esta propuesta, argumentando que significaría una politización de las universidades, que los estudiantes serían quienes mandarían en la Universidad. Con mucha lucidez, Luis Izquierdo planteó la necesidad de que la universidad fuera un organismo que hiciera una doble integración: por un lado, entre los estamentos académico, funcionario y estudiantil; por otro, entre las facultades. Para Izquierdo, el Senado tenía el propósito de aunar a la comunidad y facilitar la interacción entre las distintas áreas disciplinarias. Esta integración entre disciplinas, por bien que suene en el discurso, se encontraba con al menos dos dificultades. Una, es la tradición en nuestra universidad de contar con facultades fuertes, con alto grado de autonomía. Nótese que esto también tiene una buena razón: el vínculo entre cada una de ellas y su correspondiente ámbito del Estado. La otra, es el modelo de financiamiento del tipo «cada cual se salva a sí mismo» impuesto por el modelo neoliberal extremo. La conciencia de la necesidad de instalar enfoques transdisciplinarios habría de llegar solo cuando pasó a ser una necesidad de los tiempos.

**—Se ha hablado mucho de transdisciplinaria durante el último tiempo, pero llama la atención que se plantease en las discusiones originales del Senado Universitario. ¿Por qué es un debate necesario?**

—La transdisciplinaria es la única forma de abordar los problemas contemporáneos, porque estos son de una complejidad que no se asemeja a los que hubo anteriormente. Pensemos en cosas fabulosas, como la informática. Uno puede trazarla desde los orígenes de la electricidad, la electrónica, los circuitos integrados, cosas que se dan dentro de una misma disciplina. Pero los problemas actuales, como la misma informática, la salud, el agua, la energía, la sustentabilidad o la alimentación, no pueden ser abordados desde ninguna disciplina en solitario. Es ridículo pensar que cosas tan complejas como las adicciones las pueden resolver solos los psicólogos, psiquiatras o farmacólogos, por ejemplo. También, temas como la energía hoy no son solo para ingenieros, necesitan la perspectiva de sociólogos, psicólogos, economistas y gente formada en otras disciplinas. El antecedente de esta mirada ya existía en la discusión del Senado Universitario, y creo que fue uno de los principales propósitos que nosotros nos trazamos en estos ocho años de rectoría: fomentar esa transdisciplinaria.

**—Mencionó la importancia del Senado Universitario y el cambio de paradigma que significó. Pensando en que lleva ya 16 años de**

## **funcionamiento, ¿cómo cree que, tanto el Senado como la Universidad, podrían avanzar en participación y en triestamentalidad?**

—Es una de las grandes tareas que nos habíamos propuesto. El principal daño de este modelo neoliberal extremo es que, a diferencia de lo que ocurría antes, fomenta de manera muy marcada, muy triste y casi amoral, las miradas individuales. Es lo que me gusta llamar «la apología del egoísmo». El éxito de los organismos triestamentales va de la mano con recuperar una mentalidad en cada uno de nosotros de sentirse algo más que individuos que compiten, de volver a tener un sentido de pertenencia a un colectivo. Eso es clave para que cambie la forma en que participamos y cómo eso lo incorporamos a los organismos de gobierno. Yo creo que ha tendido a normalizarse que cada uno defienda sus propios intereses y, por ende, no deba tener tan presente el sentido de comunidad, de pertenencia a una institución. La recuperación de esos valores va a ser clave para que haya una mirada del colectivo. Esto nosotros lo hicimos carne entre los rectores de las universidades estatales, cuando dijimos «o todos o ninguno». Fue un cambio de paradigma brutal, porque hasta ese momento cada universidad defendía sus propios intereses y las demás instituciones, incluso las públicas entre sí, se veían como rivales. El cambio significó que empezamos a vernos de otra manera, entendimos que las universidades son más en la medida en que colaboren entre sí, no en que compiten o rivalizan. Este cambio de valores va a ser fundamental para que nos reencontremos como comunidades. Piensa en todos los cambios que hubo, partiendo por las formas de financiamiento a la investigación, que buscaban que compitiéramos entre nosotros. Ensalzar la competencia por sobre la colaboración se traduce, sin duda, en la forma en que uno se ve a sí mismo dentro del colectivo en que está. Estoy seguro que, en la medida que haya cambios importantes en ese aspecto, la participación va a tener mucho más sentido para cada persona. Quizás lo que estoy diciendo es que la verdadera forma de ayudarse, incluso uno mismo en su propia carrera, es estar consciente de la importancia de colaborar con otros.

**— En el número Pensar Universidad, de la Revista Anales de 2016, resaltaba que la creación del Senado Universitario y el Consejo de Evaluación reafirmaba una vocación por devolverle un significado perdido a palabras como democracia, pluralismo, inclusión y cohesión. ¿Qué significado tienen para usted esas palabras hoy? ¿Cree que es compartido?**

— Hay un esfuerzo ideológico por tergiversar muchos conceptos. Por ejemplo, en relación con participación o cogobierno, cuando se dice que si votan los estudiantes en las elecciones, ellos pasarían a mandar por sobre los académicos.

La palabra participación no es intrínsecamente buena ni mala, es decir, participación significa que se escucha a todo el mundo y se generan ámbitos donde todos pueden opinar. Por eso es tan importante lo que decíamos antes sobre los valores, porque la participación implica también que una persona es capaz, desde su propio interés, por ejemplo, estamental, de pensar en la totalidad, en el bien común. En Chile fueron muy tristes los intentos por desprestigiar lo público. Pocas cosas les duele más a los partidarios más fanáticos del modelo neoliberal extremo que la Universidad de Chile siga siendo la número uno del país. ¡Si es casi imposible! Si piensas lo que ha pasado en otros ámbitos con lo público, el hecho de que una universidad pública siga siendo la número uno, es una derrota brutal. Y eso hace que hayan sido muy encarnizados para atacar a la Chile: que los paros, que el desorden, que las tomas. Por supuesto que algunas de esas acciones no son atingentes y que en nada ayudan a la imagen de la Universidad. Puede que efectivamente ahuyenten a algunos estudiantes, estoy de acuerdo, pero en general la Universidad ha logrado mantenerse en un estándar extraordinario. Por supuesto que estoy en desacuerdo con las tomas, pero si alguien me argumenta «oiga, y todo lo que ha cambiado el país en cuanto a feminismo, ¿se hubiera logrado de otra forma? ¿Hasta qué punto no es culpa de los que debieron haber escuchado y no lo hicieron?» Uno también podría invertir el argumento y decir «oiga, como nadie quería escuchar a las feministas, no les quedó otra que hacer esta acción de fuerza». No lo estoy afirmando, pero es un argumento plausible. Tuvimos una convención paritaria, ¿la hubiéramos tenido sin los movimientos feministas? ¿Qué es la verdadera democracia, el verdadero pluralismo, la participación? Si uno parte por ignorar o despreciar cualquier idea alternativa, y esta no encuentra un espacio en la política formal para ser debatida y discutida, entonces, ¿de quién es la culpa? Hay que reconocer que hay, por lo menos, una culpa compartida.

— **La crítica al modelo neoliberal y la necesidad de avanzar hacia una sociedad del conocimiento son ideas que ha defendido constantemente en los últimos años. Parte de ese espíritu de cambio permeaba los contenidos de la propuesta de nueva Constitución de la Convención Constitucional, la que fue rechazada en el plebiscito del 4 de septiembre de 2022. Después de todo este tiempo luchando por un cambio de paradigma, ¿cuán posible ve la instalación de un nuevo modelo, que abarque un proyecto complejo de sociedad? ¿Y cuál es el futuro que se vislumbra para la educación pública en ese escenario?**

—Hay que evaluar responsablemente cada evento en su significado real. Aquí hubo un hito, el plebiscito de entrada, con una pregunta clarísima: ¿quiere

seguir con la constitución de Pinochet o quiere cambiarla? Eso es inequívoco, y hubo un pronunciamiento enorme del país por cambiar la Constitución de 1980. Por lo tanto, pensar que el plebiscito de salida implica una restauración de la constitución de Pinochet es absurdo, porque no preguntaba si uno quería o no la Constitución de 1980. Creo que el quid de esta pregunta es cómo se interpreta el voto de Rechazo. Siempre se suele citar a los taxistas para dar una idea de la opinión pública: en una historia real, un taxista me llevó al aeropuerto de Concepción y conversamos del plebiscito. Me dijo que iba a votar Rechazo por dos razones: uno, porque se quería cambiar la historia de Chile y dos, porque se quería cambiar la bandera. Este señor no tenía en su mente nada que tuviera que ver con salud, previsión, educación; lo motivaban otras cosas. ¿Cómo sentía cada persona que el actual orden de cosas la afectaba? ¿qué estaba aprobando o rechazando?, ¿por qué ciertos temas fueron impuestos como centrales mientras que otros ni se mencionaron durante el debate de la Convención y, después, durante la campaña previa al plebiscito de salida? Por ejemplo, el tema de la educación pública no estuvo presente ahí. Esto no es raro pues esta suele estar muy bien evaluada, especialmente sus universidades. Un tema aparte muy interesante es por qué Chile es el único país del mundo en que las universidades privadas quieren ser consideradas como públicas.

—**¿Cómo lo explica usted?**

—Yo creo tiene que ver con una cosa ideológica, un esfuerzo por perpetuar la negación de lo público, que viene de la reforma del ladrillo de los Chicago Boys, donde hay una denostación permanente de lo público y una imposición de la idea de Estado subsidiario. Creo que lo crucial para reconstruir este ámbito es la alianza entre las universidades estatales y el resto del sistema público. Piensa en el sistema de salud. La convergencia entre universidad y sistema público es estratégica y obvia; las dos instituciones públicas por antonomasia tienen que trabajar en conjunto para el progreso de la salud en el país. En Chile ha sido desatendido el sistema público de salud. Al Hospital de la Universidad de Chile, con la excepción de las presidencias de Michelle Bachelet, se le ha negado la sal y el agua con lo cual se mantiene a la Universidad atrapada en un problema económico imposible. Yo diría que la clave es volver a tener un sistema de universidades públicas, lo que en ningún caso implica ni desmejorar ni negar todos los derechos que el sistema privado siempre ha tenido en Chile. Pero lo público tiene una misión propia.

—**Usted visibilizó mucho esta dicotomía durante su rectorado, que derivó incluso en enfrentamientos con rectores de universidades privadas sobre**

**la definición de qué era lo público y si podía ser parte de las instituciones particulares. Estamos ante un sistema que sospecha y mata lo público, pero que releva el término cuando le conviene al mundo privado. Esas universidades son privadas y no van a ceder su naturaleza, pero igual reclaman la idea de lo público. ¿A qué cree que se debe esta dualidad de resistencia y anhelo?**

— Para mí, de todas las paradojas, ironías y sarcasmos, hay pocas como la idea de que las universidades públicas quieren obtener ventajas. ¡Por favor! Si ha existido una cancha dispareja en este país, es aquella que ha otorgado tremendas ventajas de las cuales ha hecho uso y abuso el sistema privado respecto de las estatales. Podría mencionar ejemplos concretos donde las universidades privadas se han beneficiado en la competencia con las públicas, precisamente debido a su condición: no tener que dar cuenta, no tener que cumplir normativas contraloras, poder manejar sus fondos más discrecionalmente. Si hay algo que yo considero «un poco demasiado» es cuando dicen que nosotros queremos privilegios, ¡si por años la competencia ha sido absolutamente dispareja!

Por otra parte, con mucha honestidad me pregunté durante muchos años por qué no se configuraba un bloque que nos uniera a todas las universidades tradicionales, que compartimos una concepción basada en la primacía del conocimiento, la investigación, el rol de las artes y humanidades. Esto, a diferencia del concepto alternativo que se generó el año 81, donde las universidades son vistas como empresas. Nunca se conformó un bloque muy fuerte en el CRUCH [Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas] como sí ocurrió en el CUECH [Consortio de Universidades del Estado de Chile]. Una hipótesis es que, quizás, para algunas universidades privadas sus «rivales» éramos nosotros. Eso podría ser una explicación de por qué no hicimos como CRUCH lo que sí hicimos como CUECH: formar un gran frente con intereses comunes, defendiendo una sola bandera. Por el contrario, siempre se blandieron argumentos insólitos, como decir «ustedes no son más públicos que nosotros». ¿Te imaginas que nosotros dijéramos que esta universidad es tan católica y pontificia como otras? Imagínate cómo lo tomarían. Parecieran no entender lo agresivo que resulta relativizar y tornar ambiguas las características que nos definen y distinguen en cuanto universidades públicas.

**—Las manifestaciones feministas de 2018, el estallido de 2019 y la pandemia han sido hitos históricos que han problematizado la forma en que la sociedad chilena se relaciona con temas como la igualdad de género, la salud mental o las desigualdades sociales y económicas. Esta crisis del modelo de sociedad también ha cuestionado el tipo de**

**comunidad en que vivimos. ¿Qué ciudadanos está formando la educación pública hoy? ¿Se están formando generaciones que puedan dar respuesta a los cambios que se necesitan?**

—Eso va a depender de cómo reentendamos el concepto de educación. Es una cuestión de valores. Me llama la atención que todo el mundo ahora habla de delincuencia, pero nadie dice que desde el 73 a la fecha se le ha dicho a cada chileno: uno, «sus problemas los soluciona solamente usted, no espere nada de los demás y no pierda el tiempo dándole nada a los demás. Lo suyo es suyo»; y dos, «usted vale en función de lo que es capaz de consumir». Para mí, esas dos cosas son un brutal incentivo a la delincuencia. Pero son ideas fuera del debate, de la conversación. Tiene que haber un cambio profundo de valores, debemos volver a creer en la solidaridad, el compañerismo, en que la unión hace la fuerza. Ese tipo de conceptos es clave reinstalarlos, porque si seguimos con el individualismo, vamos a seguir con temas como el *bullying*, vamos a seguir en una cotidianeidad donde prima la agresión, la confrontación, la rivalidad por sobre la hermandad y la solidaridad. A esto se suma la imposición de la idea de que lo privado es mejor que lo público y que las familias debían pagar para tener una educación y una salud aceptables. Es muy brutal lo que ha ocurrido desde ese punto de vista. Tiene que haber una revaloración de lo público. Lo público, donde se formó mi generación, es consustancial a la idea de ciudadanía y de nación. Para mí es inaudito que una sociedad que instiga el egoísmo, donde nada importa el prójimo, se admire de que haya más delincuentes, si hay un incentivo casi directo a la delincuencia. Y para cambiarlo, hay que cambiar los valores.

**—La pandemia implicó cambios profundos en la forma de vivir, relacionarnos, trabajar y, naturalmente, estudiar. El más visible, probablemente, fue la implementación de la virtualidad, obligada y bastante precaria en un comienzo, pero que ha avanzado hasta convertirse en un componente natural de nuestras cotidianeidades. ¿Cómo cree que influirá la virtualidad en la Universidad? ¿Es el futuro de la educación?**

—Yo diría, en primer lugar, que hay un poquito de esa frase atribuida a los franceses «mientras más esto cambia, más sigue siendo lo mismo». Cambios similares ha habido muchos en la historia, en los que se pensó que todo iba a cambiar radicalmente, pero hay ciertas invariantes, como decía Humberto Maturana, que están en el proceso educacional. Yo pensaría más bien que la pandemia, más que transformar las formas en que se educa, aceleró cambios que hubieran ocurrido de todas maneras. Mucho antes de la pandemia hicimos un trabajo conjunto desde la Facultad de Medicina con la Universidad de

Harvard, en que se experimentaban posibilidades de interacción en torno a casos clínicos a través de una plataforma computacional. Generó nuevas formas de discusión, de grupos, de intercambio de ideas, de búsquedas bibliográficas, de interacción con los profesores y compañeros, muy relevantes. Y no tiene que ver con la pandemia, sino con las facilidades que dan los sistemas informáticos, que ofrecen nuevas dimensiones a lo que hubiera sido una conversación en una mesa en una biblioteca convencional. Yo creo que es algo que hubiera ocurrido de todas maneras, pero se vio acelerado y eso siempre implica un ajuste. Pero, sinceramente, no creo que haya un temor por estos cambios. No tengo dudas de que más informática, bien conceptualizada, resultará en mejor educación. El temor es por las implicancias culturales, y ahí sí hay varios aspectos. Las redes sociales, por ejemplo, es algo que los sociólogos y psicólogos tendrán que estudiar mucho, e implican situaciones que uno tiene que entender y contextualizar en un diálogo intergeneracional.

**—Este año se cumplen 180 años de la Universidad. Parece un número grande, pero implica pensar que en dos décadas se vienen los 200 años, dos siglos formando a las nuevas generaciones del país. ¿Cómo se imagina a la Universidad de Chile llegando a ese hito?**

—Yo creo que esta Universidad ha demostrado ser indoblegable. Ha sido confrontada en términos agudos y crónicos, a veces de forma feroz. Se le ha tratado de desnaturalizar, de desvirtuar, de privatizar y, de alguna manera, hay que encontrar una explicación a esta persistencia del concepto de Universidad de Chile. Pienso que la explicación subyace en que está entrañablemente ligada a la república misma, a la patria. Por ejemplo, supe de fuentes creíbles que los Chicago Boys hicieron grandes esfuerzos por cambiarle el nombre a la Universidad, algo que quizás consideraron esencial para su proyecto, y habrían sido los propios militares quienes les dijeron que no, porque la Universidad de Chile es parte de la historia de Chile. Estoy convencido de que mientras exista Chile como país, y mientras haya una Universidad de Chile, la imbricación entre ellos va a ser muy grande, y que van a seguir interactuando, determinándose recíprocamente y enfrentando cada momento que nos toque vivir. Así fue en la resistencia contra una dictadura terrible, que la hicimos juntos, y hoy en la esperanza de formar un modelo de sociedad que nos represente a todos, en un ámbito más generoso y más solidario.